

José Luis García Barrientos (2002). *Cómo se comenta una obra de teatro. Ensayo de método*. Madrid: Síntesis, 367 pp.

Este *Ensayo de método*, como reza el subtítulo, es, ante todo, un libro de teoría de la literatura. No sólo porque aparezca en la colección “Teoría de la literatura y literatura comparada” que Miguel Ángel Garrido dirige para la editorial Síntesis, sino porque tiene la virtud de devolver esta disciplina a su sentido originario o, por lo menos, deseable. No se trata de un ejercicio de ensimismamiento especulativo con el único fin de construir un edificio lógico coherente y autorreferencial en el que albergar la fenomenología del hecho teatral. Tampoco meramente, como parece indicar el título, de un conjunto de sugerencias y principios para el comentario, fruto de una autoridad magistral con acceso privilegiado a ciertas verdades arcanas que ahora se disponga a revelar. No es ninguna de estas dos cosas porque es las dos y algo más, como debe ser un genuino libro de teoría de la literatura.

Este volumen, especialmente en su primera parte, “Elementos de dramaturgia (Para el análisis)”, es un fruto maduro del proyecto de construcción de una verdadera *dramatología* entendida como teoría del *modo* de representación teatral. Aquí se presenta el resumen de una de sus partes, publicada ya como *Drama y tiempo* (Madrid, CSIC, 1991), y el anticipo en nítido boceto del resto de los “elementos de dramaturgia”, es decir, amén de consideraciones sobre la escritura, la dicción y la ficción dramática, el espacio, el personaje y la “visión” (aquellos aspectos de la recepción dramática implícitos en el espectáculo mismo). El aparato erudito es leve, tanto por afán didáctico como por la pretensión de desarrollar un sistema propio, casi como inauguración de la disciplina dramatológica, hasta ahora raramente transitada por la ciencia literaria más allá de aproximaciones poco rigurosas o simplemente miopes. Nada menos que Jean-

Marie Schaeffer destaca el carácter pionero de *Drama y tiempo* (en el *Nuevo diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje* que firma junto a Oswald Ducrot). Por otro lado, el libro conjuga perfectamente su ambición de sistematicidad con la vocación de ser una herramienta. Y lo conjuga porque la Teoría de la Literatura es eso, una herramienta, creada para el análisis, para mejor comprensión y disfrute de los textos de creación (lo que se olvida a veces). *Cómo se comenta una obra de teatro* sistematiza los aspectos fundamentales del género teatral, con amplitud suficiente para abarcar dos mil quinientos años de historia y con la precisión adecuada para ser útil para el comentario teatral. El autor propone y acota un amplio catálogo terminológico y conceptual, capaz por sí mismo de elevar su obra a manual de referencia.

El rigor teórico que encontramos en la propuesta dramatológica de García Barrientos se extiende a sus planteamientos epistemológicos. La teoría es consciente de sus propias limitaciones, que son las mismas de cualquier aproximación a la literatura que se pretenda científica. Marca nítidamente sus fronteras, distinguiendo el comentario *técnico* de la obra dramática, objetivo y objetivable, de lo que pasa a ser interpretación, atribución de sentido, y, en última instancia, valoración crítica. El método ensayado es herramienta útil para lo primero y trampolín para lo segundo, que el autor considera esfuerzo inalienable del comentarista, trabajo creativo y casi intuitivo. Incluye breves capítulos sobre el “significado”, es decir, orientaciones para moverse por el territorio no cartografiado de la interpretación y la crítica, pero deja también que sean otras voces las que alumbren distintas posibilidades de exploración interpretativa. Para ello introduce otras propuestas de sistemas: acude a las fuentes clásicas, con la sospecha de que su permanencia en el tiempo tiene algo que ver con su validez teórica. Se trata de la *Poética* de Aristóteles y de los principios de la Retórica clásica. De la primera propone una paráfrasis clarificadora. Se echa de menos, aunque seguramente no era éste su sitio, una lectura crítica, un análisis de lo que sigue siendo vigente o no de la propuesta aristotélica; lo que sí encontramos respecto a la retórica, incluso con un comentario desarrollado de un fragmento de *El alcalde de Zalamea* de Calderón. Se desquita así el autor de las limitaciones que antes se había impuesto, quizá con la seguridad de apoyarse en principios que cuentan con el aval

milenario de la retórica. Al final deja la palabra a un conjunto muy variado de “comentarios inteligentes”, fragmentos críticos que van desde Lessing a Piscator, de Larra a Mihura; de muy diferente tono y procedimiento, con muy distintas intenciones y planteamientos de base, algunos clásicos y otros verdaderos hallazgos para una historia de la crítica.

Un libro así no podía dejar pasar la polémica entre texto y espectáculo, entre si el teatro, la representación, es la ilustración encarnada de un texto o el texto la anotación de una representación virtual. García Barrientos, como ya había hecho en otras ocasiones, opta por lo segundo, movido, en mi opinión, no por beligerancia militante de hombre de teatro (que también), sino por pura atención a la realidad del fenómeno teatral a lo largo de la historia y en la actualidad, y a pesar de la influencia pertinaz de años de atención exclusiva al teatro como texto literario. No sólo desmonta los prejuicios del textocentrismo, sino los planteamientos de la crítica que, extendiendo el potente modelo narratológico, lo había instaurado abusivamente en el análisis del drama ignorando aquellos elementos que lo hacen peculiar. Paradójicamente, el autor desmonta el enfoque narrativista, pero parte de él para desarrollar uno nuevo. Expulsa a Genette, diríamos, para luego emularlo. La sistematización que García Barrientos propone en su teoría dramatólogica es de raigambre estructuralista y muy parecida, en cuanto a planteamientos y punto de partida, a la que Genette hizo con la narrativa, y, seguramente, tan osada y arriesgada en términos teóricos, como pudo ser la del francés en su momento, si no más. Añade a la dicotomía fábula-drama, reflejo del modelo narratológico, un tercer pilar, que determina la identidad del género: la escenificación. En todo momento tiene en cuenta el teatro como fenómeno espectacular, distinto no sólo de la literatura sino de otras artes susceptibles de confusión, como el cine. El teatro queda, así, delimitado, inclasificable dentro de un cajón que no sea el del arte, o el de la literatura en un sentido muy distinto al etimológico.

Pero el teatro es un oficio de fantasmas, y para que sea posible la comunicación práctica entre el autor y los lectores de este libro, así como para su previsible aplicación en las aulas, se hace necesario hablar de textos, accesibles en todo lugar y momento, y no de las efímeras representaciones. Por eso el libro centra buena parte de sus

ejemplificaciones en dos obras, quizás los dos clásicos mayores de la dramaturgia española del siglo XX: *Luces de bohemia* y *La casa de Bernarda Alba*. No se trata de un comentario exhaustivo y específico, como el ya citado de *El alcalde de Zalamea*, sino de referencias ilustrativas de cada uno de los puntos de la teoría, apuntando vías para el comentario individual. Además, el autor tiene continuamente presente toda la tradición del teatro occidental, de la que no duda en aprovecharse para aclarar, ilustrar y dar sentido a sus aseveraciones. Sorprende lo fuertemente enraizado que está este método en el teatro mismo, es decir, en el objeto del comentario: da mucho que pensar que resulte tan refrescante una teoría literaria por el hecho de fundamentarse directamente en su objeto, por tratar al texto como tal y no como pretexto.

Juan Pablo Heras
Consejo Superior de Investigaciones Científicas